




POR EL DESIERTO DE ARGELIA

EL HOGGAR. Un desierto de arena y rocas volcánicas erosionadas por el viento a lo largo de los siglos. Es considerado uno de los parajes más bellos del mundo. La fama es merecida.



NO HAY NADA COMO EL **DESIERTO** PARA UN VIAJE DE AMIGOS. NO HAY GENTE, NO HAY PUEBLOS, NO HAY CASAS, NO HAY BARES. LO ÚNICO QUE SE PUEDE HACER ES EXTASIARSE DURANTE EL DÍA ANTE LA BELLEZA DE UN **PAISAJE ESENCIAL**, CONTEMPLAR DE NOCHE **INFINIDAD DE ESTRELLAS** Y APROVECHAR LOS RATOS MUERTOS PARA CONTARSE LA VIDA Y SOLTAR MIL BROMAS, QUE PARA ESO ESTÁN LOS COLEGAS

TEXTO Y FOTOS XAVIER MORET



TODOTERRENO. “De duna en duna, de montaña en montaña, de llanura en llanura, hacia ignoradas lejanías”, describe Théodore Monod, el autor de *Camelladas*, uno de los mejores libros escritos sobre el desierto.

Un recorrido a lo largo de mil kilómetros entre las poblaciones de Tamanrasset y Djanet, atravesando las montañas del Hoggar y el sur del Sáhara argelino, es el escenario perfecto para descubrir que la arena, las rocas y la soledad también pueden ser una excelente compañía.

Éramos cuatro amigos. A los cuatro nos apetecía viajar al desierto 10 o 12 días y sobre un mapa trazamos un itinerario por el Sáhara. Tres semanas después, resueltos los trámites de conseguir visado, comprar billetes de avión y alquilar un 4x4, aterrizábamos de noche en el aeropuerto de Tamanrasset.

La pista estaba tan mal iluminada que parecía que en vez de focos hubieran puesto velas. ¿No queríamos exotismo? Pues ahí estaba. Los chinos que habían volado con nosotros desde Argel se largaron como si tuvieran prisa por empezar a construir carreteras, mientras que los pocos turistas nos esforzábamos por localizar a nuestro guía, ya que si no cuentas con uno, las autoridades te facturan de regreso. Por fortuna, las pestañas y la sonrisa de Mustafá no tardaron en

mostrarse, embozados tras un turbante que le tapaba medio rostro.

Atravesamos a oscuras Tamanrasset, la capital de la Argelia tuareg, y dormimos en una casa a las puertas del desierto. Al día siguiente, nos disfrazamos con unos turbantes y salimos en dirección a Djanet, al otro lado del desierto. “De duna en duna, de montaña en montaña, de llanura en llanura, hacia ignoradas lejanías”, tal como escribe Théodore Monod, el autor de *Camelladas*, uno de los mejores libros sobre el desierto.

Mustafá, que había conocido a Monod en sus exploraciones, iba al volante del Toyota, con los cuatro amigos y una *guerba*, una piel de cabra cosida por las patas que hace las veces de cantimplora tuareg, colgando de un lateral. En el Nissan de apoyo iban dos ayudantes, con comida y agua para 10 días y un almacén de piezas de recambio. “Abandonar el oasis es realmente zarpar”, escribe Monod.

Circulamos al principio por algo parecido a una pista, con acacias de sombra a ambos lados y camellos y cabras que nos observaban con indiferencia, pero no tardamos en comprobar que los *ueds*, los lechos secos de los ríos, son las auténticas autopistas del desierto



aprendiendo a distinguir los relieves más mínimos, a diferenciar la arena blanda de la dura, a reconocer las huellas casi borradas de los escasos vehículos que nos habían precedido, a extasiarnos ante un paisaje que tiene la virtud de ser siempre distinto a pesar de que de entrada parece siempre igual.

Una sencilla tumba tuareg –un círculo de piedras dispuestas en la arena– se convierte en estas circunstancias en un monumento. Y una acacia, en la mejor estación de servicio, en el lugar donde detenerse a comer y echar una siesta. El resto es poco más que una nada subyugante de sol, arena, soledad y silencio.

Y así hasta que llegamos a la puerta del Hoggar, un paso entre montañas negruzcas donde convergen las primeras dunas y donde descubrimos, grabado en una roca, un inquietante oso hormiguero que nos hablaba de un Sáhara muy distinto. El Hoggar, un inmenso desierto de arena y rocas volcánicas erosionadas por el viento durante siglos, tiene fama de ser uno de los paisajes más bellos del mundo. Es una fama merecida. Pudimos comprobarlo al acampar en la arena de Yufuhaket, junto a un laberinto de rocas de formas caprichosas. Las había que parecían elefantes, camellos, erizos y tortugas, y hasta nos pareció ver una con apariencia de botella de vino.

Nos percatamos entonces que estábamos en “el país de la sed”, tal como bautiza al desierto el capitán Haddock en *El cangrejo de las pinzas de oro*. Y aquí tocó, claro, hablar de Tintín. Con una luna mínima, apenas un recorte de uña, la Vía Láctea dibujó en el cielo un ancho río de luz que parecía esculpido en relieve. “No somos nada; somos menos que nada”, reflexionó Agusí desde lo alto de una roca, la mirada perdida en el horizonte de arena. Después se puso a bailar junto a la hoguera para matar el hambre.

Lo bueno del desierto es que cuando crees que ya le has tomado la medida, se las arregla para sorprenderte

Para desplazarse hasta Tamanrasset o Djanet, las principales poblaciones del Sáhara argelino, hay que volar habitualmente vía Argel, aunque en temporada alta hay vuelos directos que permiten llegar a Djanet desde Barcelona en tan sólo tres horas. En Tamanrasset, la agencia Takialt, del experimentado tuareg Mohamed Kherrazi (www.sahara-expeditions.com), organiza expediciones de



todo tipo por el desierto. Desde Barcelona, se puede organizar el viaje por las montañas del Hoggar a través de agencias como Viajes Trekking y Aventura (www.trekkingyaventura.com) y Viatges Tuareg (www.tuaregviatges.es).

siempre que no tengas la mala suerte de atravesarlo en un poco probable día de lluvia. La primera noche hicimos *vivac* sobre la arena de un *ued*, bajo una cúpula estrellada que consiguió emocionarnos hasta acallar nuestras bravuconadas de cincuentones que regresan por unos días a la adolescencia. Cuando Mustafá encendió una hoguera y empezó a preparar la *taguella* o pan de arena, tal como lo describe Monod en *Camelladas*, quedó claro que, aunque sólo hubiera pasado un día, estábamos a años luz de nuestra rutina.

UN POZO, LA PLAZA PÚBLICA

El primer alto de la mañana siguiente lo hicimos en un pozo. Aparentemente nadie vivía por allí, pero no tardaron en aparecer tres mujeres, con la parsimonia característica de África, que demostraban que, tal como escribe Monod, “un pozo en África es el lugar de encuentro, la plaza pública”.

La siguiente parada fue para cortar una acacia reseca en la que Mustafá vio buen combustible para la hoguera nocturna. Tras cargar agua y leña, nos lanzamos a recorrer la monotonía del desierto, a acostumbrar nuestras miradas a la luz cegadora,

de nuevo. Nos pasó al día siguiente, cuando atravesamos bajo un sol de injusticia una arena de color cambiante y un laberinto de rocas descarnadas. Los cuatro amigos vimos en aquellas rocas erosionadas los restos de una fascinante ciudad perdida, con fortalezas de arena, gigantes rocosos y guerreros petrificados, caídos en su incesante combate contra el tiempo. Desde lo alto de una colina, mientras contemplábamos los 360 grados de nada que había a nuestro alrededor, daba la impresión de que hacía muchos siglos que la historia había pasado de largo por allí. "Si me muero aquí, enterradme como a un tuareg", murmuró Luis.

Dormimos una noche más en la arena, sin tienda, junto a unas rocas con forma de verga dignas de un delirio freudiano. El crepúsculo fue espectacular —cada día superaba al anterior—, con la arena mudando de color. Jaime cumplió los 50 esa noche y, como por arte de magia, surgieron de la nada un pastel de aniversario y una botella de whisky. Mientras brindábamos por la amistad, se oyó un *Cumpleaños feliz*.



HOGUERA EN LA NOCHE. Mustafá, guía. "Llevo 25 años conduciendo por este desierto y sólo me he perdido un par de veces por culpa de la niebla", asegura.

Es extraña la sensación que transmite el desierto a medida que pasan los días. El paisaje se va desnudando y te sientes cada vez más lejos. Si bien en el Hoggar nos encontrábamos muy de vez en cuando con otros turistas, cuando abandonamos las montañas iniciamos un auténtico máster de soledad. El desierto iba prescindiendo de atributos mientras pensábamos en Monod: "La tierra, limpia, descarnada hasta el hueso, pulverizada por el soplo de los siglos, está muerta".

Atravesamos *ueds* inundados de arena y de luz, avanzamos por tramos pedregosos, nos cruzamos con rebaños de camellos salvajes, nos detuvimos junto a un *pick up* de contrabandistas destrozado tras un fatal encuentro con el ejército argelino, admiramos el lento avance de una caravana y nos maravillamos ante la aparición de un pozo que, tras varios días de desierto, era como un milagro en medio de la nada. Una noche, al acampar entre unas enormes rocas que nos cobijaban del viento, sentimos el temor a ser secuestrados cuando oímos un motor que se acercaba en plena noche. Apagamos las luces, nos miramos en un silencio tenso y no respiramos aliviados hasta que

el vehículo, después de dar unas cuantas vueltas, terminó por alejarse. "La aventura es la aventura —suspiró Jaime— pero tampoco nos pasemos".

Fue una larga travesía en la que circularamos cientos de kilómetros sin cruzarnos con nadie y a veces incluso sin saber qué camino seguir. No es fácil orientarse en la nada. "Llevo 25 años conduciendo por este desierto —nos tranquilizó Mustafá— y sólo me he perdido dos veces por culpa de la niebla".

ESPEJISMOS

Cruzamos los dedos para que no llegara una tercera vez. Luego vinieron los espejismos, cada vez más frecuentes: ilusiones de agua que se desvanecían para volver a concretarse instantes después. Grandes lagos, mares nebulosos: la evidencia de lo irreal. Y, antes de entrar en las dunas, el ascenso al monte Tíblis para contemplar el interminable mar de arena que teníamos que atravesar.

Minutos después, tras avanzar por una pista escoltada de dunas, Mustafá detuvo el coche con semblante grave, alivió la presión de los neumáticos, arrancó y aceleró hasta atacar la duna más alta a más de cien por hora. El Toyota se adentró en la arena con decisión, aunque empezó a zandararse cuando dimos con un terreno ondulado. Sin aminorar la marcha, Mustafá corrigió la trayectoria para buscar la arena lisa y alcanzar el corazón de las dunas. "Hoy acampamos aquí", anunció tras detenerse.

El paisaje era tan maravilloso que sabía mal romper el silencio: el desierto y el silencio se llevan la mar de bien. Subimos al punto más alto para contemplar las dunas que llegaban hasta el horizonte y aplaudir la puesta de sol. Otra vez Monod: "El viento, que sopla sobre las dunas coronadas por un ligero vaho de polvo, canta un ciclo ya terminado y el definitivo descanso de un suelo que no volverá a conocer la lluvia". Sentimos frío al caer la noche y sentimos que éramos muy poca cosa en aquel mundo de arena.

Vinieron más días de desierto, *vivac* y amistad en los que los lugares que visitábamos —Essendilène, Tarabuine, Djanet— se sucedían como etapas de un sueño. Todos los paisajes nos hechizaban pero fue en el largo ascenso a la meseta de Djabaren donde sentimos la emoción de asomarnos a un maravilloso mundo perdido. Los miles de dibujos de animales y cazadores esbozados en las rocas erosionadas —un auténtico museo al aire libre— nos hablaban de un Sáhara ya pasado. Escribe Monod: "El hombre prehistórico conoció un Sáhara muy distinto del actual: un Sáhara con campesinos, pastores y pescadores neolíticos, antepasados de los nómadas de hoy, un Sáhara lacustre".

Han pasado varias semanas de aquel viaje pero me acuerdo de todas las noches que pasamos en el desierto. De entre todos los momentos, sin embargo, me viene a la memoria aquel en el que, tras 10 días, llegamos a una carretera asfaltada. Fue entonces cuando Mustafá, sin ápice de ironía, se giró para decirnos: "Abrochaos el cinturón". La aventura del desierto había legado a su fin. **ESZ**

TODOS LOS PAISAJES NOS HECHIZABAN PERO FUE EN EL LARGO ASCENSO A LA MESETA DE DJABAREN DONDE NOS ASOMAMOS A UN MUNDO PERDIDO